

cia, traída por el advenimiento de las ciencias positivas. La química, la física, la biología, se desdoblaban en disciplinas secundarias que reclamaban un puesto en el bagaje intelectual del hombre culto. Se creó el título de bachiller en ciencias, que se otorgaba al que se dedicaba a las materias nombradas la mitad de su trabajo estimado en horas de clase.

El **College** fue admitiendo todos estos ramos de estudio con algún recelo, y aceptándolos a título de materias electivas, circunstancia que ha favorecido sobremanera el espíritu de la enseñanza universitaria, pues consagró desde temprano las tendencias individuales del estudiante. A favor de esa organización encontraron un sitio en el **College** infinidad de tópicos o cursos, fomentándose con ello una copiosa y benéfica especialización docente, al punto que hoy día, en el antiguo núcleo de toda Universidad moderna, esto es, en el **College** propiamente dicho, el triple bachillerato en ciencias, letras y artes tiene a su elección un repertorio, ¡asómbrese usted! de novecientos a mil cursos diferentes...

—¡Qué enormidad! Pero no me explico cómo se establece la uniformidad de estudios en ese mar de enseñanzas...

—Nuestro triunfo ha sido precisamente evitar la uniformidad asegurando a cada estudiante una cultura equilibrada. Para ello cada candidato al bachillerato tiene que realizar el estudio de tales y cuáles materias que consideramos básicas para la carrera; pero se le deja en libertad de escoger entre otros ramos hasta cubrir con ellas un cierto número de horas de trabajo semanal. Si averiguásemos las materias estudiadas por cien bachilleres en arte, por ejemplo, probablemente no encontraríamos dos que hubiesen marchado por caminos idénticos; pero to-

dos ellos habrían cumplido el requisito que impone tantas horas de trabajo en ciencias, en letras, en idiomas, etc.

Pero aún hay más. La creación de estos títulos, que son más que todo un exponente de cultura social; no se ha detenido en los tres títulos de bachiller ya mencionados. Nuevas ciencias, nuevas aplicaciones, nuevas especialidades han buscado un sitio en el **College**, con lo cual el título de bachiller ha tenido que continuarse para arriba, llevando sucesivamente al de **master** y **doctor**. Este doctorado, ya lo comprende usted, no tiene absolutamente nada que ver con el doctorado en medicina, en derecho o en ingeniería; es un doctorado no profesional, si puede decirse así, un doctorado que permite el fomento de la vocación especial en la forma más amplia que se puede concebir. No pierda usted de vista que hasta ahora no he referido a los departamentos de jurisprudencia, de ingeniería, medicina, agronomía, etc., que no faltan en nuestras universidades; le describo tan sólo lo que parece ser nuevo para usted, y que sin embargo, es el departamento que entre nosotros atrae mayor número de estudiantes a las universidades: el departamento de arte, ciencia y literatura, la semilla originaria de las universidades americanas, la verdadera **alma mater** popular y democrática, que ha sido el agente principal de nuestra cultura.

—¡Y en esa parte no presentida de la Universidad me encuentro de improviso con mil cursos diferentes! La verdad es que por más que pienso, no se me ocurre una lista tan larga de asignaturas...

—Pues oiga usted—respondió el profesor sonriendo. Sacó de su bolsillo un libro, el **calendario**, publicación en que toda Universidad consigna el programa del año escolásti-

---

En la **Librería Falcó** están a la venta 500 tomos de la Casa Editorial F. Sempere y C<sup>ª</sup>. El próximo número publicaremos los títulos y precio.